

## **JOB ENTRE NOSOTROS**

*Juan Mayorga*

En su ensayo «El Libro de Job y el pájaro», que cierra el libro *El hombre y lo divino*, María Zambrano se preguntaba si el texto bíblico había sido representado alguna vez en recinto sacro. Según Zambrano, el Libro de Job tiene forma de auto sacramental y posee el poder convocante del teatro. Parece concebido para ser pronunciado en voz alta, dice Zambrano; en distintos tonos, en diferentes voces.

Nos hemos propuesto el desafío de ganar a Job para el teatro. Su soledad ante un sufrimiento que no merecía, su incesante búsqueda del sentido de ese dolor, su escándalo ante la injusticia, hacen de Job un personaje mayor, que debería interesar a cualquiera, creyente o no. Su experiencia y sus preguntas son universales. En distintos lugares, en distintos momentos, muchos hombres han conocido a Job o han hecho suyas sus preguntas.

Las preguntas de Job volvieron a ser pronunciadas, desde luego, ante aquella catástrofe europea que conocemos como el Holocausto, en que millones de inocentes fueron sacrificados. Muchos hombres se han preguntado desde entonces: ¿dónde estuvo Dios en Auschwitz? ¿Dónde estuvo

el hombre en Auschwitz?

En diálogo con el profesor Reyes Mate, nuestro interlocutor permanente en esta experiencia de teatro y de memoria, hemos leído los testimonios de Elie Wiesel, los diarios de Etty Hillesum y el relato de Zvi Kolitz «Yósel Rákovér habla a Dios». Elie, Etty, Yósel: seres humanos que, como Job, interpelan a un Dios que parece ocultarles su rostro en el momento de peligro.

Con todo respeto, nos hemos atrevido a intervenir en esos textos, así como en el Libro de Job. No con afán de enmendarlos, sino intentando cubrir la distancia que va desde la palabra que nace para ser leída en soledad hasta aquella otra que debe ser encarnada por el actor. Y hemos dado una composición a voces tan diversas, poniendo en diálogo las de esas víctimas de nuestro tiempo con la intemporal palabra de Job.

*Job* se estrenó el 11 de mayo de 2004, en el Real Monasterio de Santo Tomás (Ávila), bajo la dirección de Guillermo Heras, con el siguiente reparto:

NARRADOR

JOB

ELIFAZ, BILDAD, SOFAR y ELIHÚ HOMBRE

MUJER

## *JOB*

(A partir del Libro de Job y de textos  
de Elie Wiesel, Zvi Kolitz y Etty Hillesum)

### I

NARRADOR—Érase una vez un hombre llamado Job, que vivía en el país de Us. Era un hombre íntegro, temeroso de Dios y apartado del mal. Tenía siete hijos y tres hijas. Poseía siete mil ovejas, tres mil camellos y quinientas yuntas de bueyes, quinientas burras y numerosos siervos. Sus hijos acostumbraban celebrar juntos las fiestas. Una vez acabados esos días de fiesta, Job los llamaba para purificarlos; y al día siguiente, de madrugada, ofrecía un holocausto por cada uno de ellos, pues pensaba que quizá hubiesen pecado contra Dios en su corazón.

Un día en que los ángeles fueron a presentarse ante Dios, apareció entre ellos Satán. Preguntó Dios a Satán:

«¿De dónde vienes?»

Satán respondió:

«De pasearme por la Tierra.»

Dios preguntó a Satán:

«¿Te has fijado en mi siervo Job? Es un hombre íntegro, temeroso de Dios y apartado del mal.»

Respondió Satán:

«¿Crees que Job teme a Dios por nada? Lo has rodeado

de protección, a él y a todas sus posesiones. Has bendecido sus obras, y sus rebaños se extienden por el país. Pero pon la mano en sus bienes y te maldecirá a la cara.»

Dios contestó a Satán:

«Ahí tienes a Job. En tus manos dejo cuanto posee. Pero a él no le pongas la mano encima.»

Y Satán se retiró de la presencia de Dios.

A los pocos días, llegó un mensajero ante Job.

MENSAJERO—Estaban los bueyes arando y las burras pastando, cuando han caído sobre ellos los sabeos y se los han llevado, después de pasar a tus siervos a cuchillo. Sólo yo he podido escapar para contártelo.

NARRADOR—Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje:

MENSAJERO—Ha caído del cielo el fuego de Dios abrasando a tus ovejas y a tus pastores. Sólo yo he podido escapar para contártelo.

NARRADOR—Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje:

MENSAJERO—Los caldeos se han llevado tus camellos después de matar a tus siervos. Sólo yo he podido escapar para contártelo.

NARRADOR—Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro con el siguiente mensaje:

MENSAJERO—Tus hijos e hijas estaban comiendo en casa del hermano mayor cuando se levantó un gran viento que sacudió la casa y ésta se derrumbó sobre los jóvenes.

Todos han muerto. Sólo yo he podido escapar para contártelo.

NARRADOR—Al escuchar esto, Job rasgó su manto y se rapó la cabeza. Cayó en tierra y dijo:

JOB—Desnudo salí del vientre de mi madre, desnudo volveré a él. Dios me lo ha dado y Dios me lo ha quitado. Bendito sea el nombre de Dios.

NARRADOR—Otro día en que los ángeles fueron a presentarse ante Dios, apareció entre ellos Satán. Preguntó Dios a Satán:

«¿De dónde vienes?»

Satán respondió:

«De pasearme por la Tierra.»

Dios preguntó a Satán:

«¿Te has fijado en mi siervo Job? Es un hombre íntegro, temeroso de Dios y apartado del mal. Me incitaste para que le hiciera daño sin motivo, pero él persiste en su integridad.»

Respondió Satán:

«Cualquier hombre da por su vida todo lo que tiene. Pero ponle la mano encima, dáñalo en la carne y en los huesos y te maldecirá a la cara.»

Dios contestó a Satán:

«Ahí tienes a Job. En tus manos lo dejo. Pero respeta su vida.»

Y Satán se retiró de la presencia de Dios y fue en busca de Job, y lo hirió con llagas malignas desde la planta del pie hasta la cabeza.

Job se sentó sobre las cenizas y cogió una piedra para

rascarse. Su mujer no comprendía su silencio.

MUJER—¿Aún no dices una palabra contra Dios? Maldice a Dios y muere.

JOB —Hablas como una necia. Si aceptarnos de Dios el bien, ¿no vamos a aceptar el mal?

NARRADOR—Tres amigos de Job se enteraron de su desgracia y acudieron desde sus países a compartir su pena y consolarlo. Se llamaban Elifaz de Temán, Bildad de Súaj y Sofar de Naamat. Al verlo, no lo reconocieron. Llorando, se sentaron en el suelo a su lado durante siete (lías y siete noches, sin dirigirle una palabra, viendo su terrible dolor.

No fue hasta el final de la séptima noche cuando Job, por fin, abrió la boca.

JOB —Muera el día en que nací. Que Dios, desde lo alto, no lo eche en falta. Que ese día se vuelva tiniebla. Que la luz no brille sobre él. Que la sombra se apodere de él. Que un eclipse lo oscurezca. Que no contemple el parpadeo del alba. Ojalá Dios hubiera cerrado las puertas del vientre de mi madre. ¿Por qué no morí antes de nacer? Ahora descansaría en paz. Ahora dormiría tranquilo allí donde van a parar pequeños y grandes, allí donde el esclavo se libra de su amo.

¿Por qué diste luz a un desdichado, a un hombre sin futuro, a un hombre al que tú mismo cierras el paso?

NARRADOR—Elifaz de Temán tomó la palabra para responder a Job.

ELIFAZ—Tú que a todos dabas lecciones. Tú que corregías al que vacilaba. Ahora que te toca, no aguantas. Ahora que es tu turno, te quejas. Piensa: ¿qué inocente ha

sido castigado? En cambio, quienes siembran desgracia, la cosechan. Ésos perecen ante el aliento de Dios, ante el soplo de su cólera. El dolor no sale del polvo, ni el sufrimiento brota de la tierra. Es el hombre quien engendra el sufrimiento, como el águila nace para volar. Busca a Dios, Job. ¡Dichoso el hombre a quien Dios corrige! No desprecies la lección de Dios, porque él hiere y cura, golpea y sana. Busca a Dios, Job.

JOB —¡Si se pudiese medir mi tristeza! Mis males pesan más que la arena del mar. Mi carne está cubierta de costras y de gusanos, mi piel se agrieta y se deshace, mis días se consumen sin esperanza, mis ojos no volverán a ver la dicha. Por eso, no puedo contener mi lengua. Necesito dar palabras a mi angustia, necesito dar voz a mi amargura. Todas las noches me digo: «¿Cuándo llegará el día?». Y al levantarme, me pregunto: «¿Cuándo se hará de noche?». Si pienso: «La noche me consolará», Dios me aterra con pesadillas espantosas.

Tengo clavadas tus flechas, mi vida se ahoga en tu veneno. Pero, ¿qué daño te hice? ¿Por qué me has hecho blanco tuyo? Ojalá me otorgues pronto lo que espero; ojalá me tomes en tu mano y me remates. Si me matases ahora, tendría al menos un consuelo: ni siquiera en la tortura te habría rechazado. ¿A qué esperas para dejarme descansar?

NARRADOR—Fue Bildad de Súaj quien le respondió.

BILDAD—¿Hasta cuándo hablarás de ese modo, como si Dios te hubiese tratado injustamente? ¿Puede Dios hacer algo injusto? Piensa, Job: ¿crece el junco fuera del agua?

Fuera del agua, el junco se seca. Así es la suerte de quien se olvida de Dios, así muere la esperanza del impío, que pisa un suelo frágil como una telaraña. Pero Dios ni echa una mano al malvado ni deja sin justicia al justo. Busca a Dios, Job, y dirígele tu súplica. Él llenará tu boca de risas; él colmará tu corazón de júbilo. Busca a Dios, Job.

JOB —¿Puede el hombre tener razón frente a Dios? ¿Es posible entablar pleito contigo? ¿Quién que te haya hecho frente ha salido indemne? Tú mueves los montes con tu cólera. El sol no resplandece si tú lo ordenas. Tú has desplegado los cielos, tú has creado las estrellas. Si pasas junto a mí, no te veo; pero si me apresas, ¿quién me arrancará de tus manos? ¿Puedo yo preguntarte: «Qué haces»?

No eres un igual para decirte: «Comparezcamos juntos en un juicio». Si hubiera un árbitro que se pusiese entre nosotros, yo hablaría sin temor, pues no creo ser culpable. Te diría: «No me condenes sin explicarme por qué me condenas».

Pero tú eres el juez. Aunque yo tuviese razón, tu boca me condenaría. Aunque me lavase con agua de nieve y limpiase mis manos con lejía, tú me restregarías por el lodo. Aun siendo inocente, me declararías culpable. Tú destruyes igual al inocente y al culpable.

Me hiciste de barro y al polvo me devolverás. ¿Por qué desprecias la obra de tus manos? Ellas me formaron; ¿por qué ahora me destruyen? Me concediste el don de la vida, cuidaste mi aliento. Desde entonces me has vigilado. Sabes



que no soy culpable y que nadie va a arrancarme de tus manos. ¿Por qué entonces me das caza?, ¿por qué diriges hacia mí tu cólera?, ¿por qué me atacas sin cesar? Multiplicas mis heridas sin dejarme recobrar el aliento. Has hecho que odie mi vida. Déjame gozar un poco antes de que marche al país de las tinieblas.

¿Me escuchas? ¿Por qué no me respondes?

NARRADOR—Entonces habló Sofar de Naamat, el tercero de los amigos que habían ido a visitarlo.

SOFAR—YO te responderé, charlatán. Dices: «Mi conducta es pura, soy irreprochable a los ojos de Dios». ¡Ojalá Dios abriese sus labios para responderte! Sabrías entonces que Dios te pide cuentas por tus faltas. Él distingue a los perversos, él conoce a los malvados. Si te apartas del mal, si tiendes tus manos hacia él, entonces él te dejará alzar la frente limpia, te sentirás firme y sin miedo y volverás a dormir tranquilo.

JOB—Elifaz, Bildad, Sofar, tenéis fama de hombres sabios, pero, ¿quién no sabe todo eso que proclamáis?

Ya sé que uno se convierte en burla del vecino cuando clama a Dios en busca de respuestas. Ya sé que si un hombre justo es derribado y mira al cielo, la gente dice: «¡Un golpe más al que se tambalea!».

Hasta las aves del cielo saben, hasta los reptiles saben, hasta los peces saben que todo lo hizo la mano de Dios, que en su mano está el hálito de todo lo viviente, el alma de todo ser humano. En él residen todo el poder y toda la sabiduría. Lo que él destruye nadie podrá reconstruirlo. A quien él

encierra, ése no podrá escapar. Si él retiene las aguas, todo se seca. Si él suelta las aguas, todo se pierde. Él engendra naciones y las deshace, ensancha a los pueblos y los aniquila. Él debilita a los fuertes, derriba a los que se sienten seguros, hace estúpidos a los jueces y vuelve locos a los ministros. Pierde a los reyes, haciéndoles caminar como borrachos. Todo eso lo sé. Lo que vosotros sabéis, yo también lo sé.

Pero es con Dios con quien yo quiero hablar. No encontraré un sabio entre vosotros. ¿Creéis estar defendiéndole? ¡Ojalá enmudecierais, así demostraríais ser sabios!

Sé que podrías matarme en este instante, pero yo no tengo otra esperanza que defenderme ante ti, cara a cara. Un impío no osaría comparecer ante ti. Yo sé que soy inocente. ¿Cuáles son mis culpas? Hazme saber mi pecado.

Y si he pecado, ¿por qué no pasas por alto mi culpa, si pronto yaceré en tierra y nadie me hallará aunque me busque? El hombre es corto en días y largo en miserias. ¿Por qué sobre un ser así abres tus ojos? Si sus días están contados, si le has fijado un límite que no traspasará, aparta de él tu mirada. ¿Por qué asustas a una hoja que vuela? ¿Por qué persigues la paja ya seca? Hay quien muere colmado de dicha y hay quien muere harto de amargura. Pero juntos yacerán en el polvo, cubiertos de gusanos. ¿Qué es el hombre para que pongas en él tu pensamiento? ¿Para que lo visites cada mañana y a cada instante lo pongas a prueba? ¿Por qué vigilas cada uno de sus pasos? ¿Dejarás alguna vez de

mirarnos, centinela de los hombres?

NARRADOR—Elifaz de Ternán se adelantó para responder a Job.

ELIFAZ—Te defiendes con palabras huecas, Job. Tu esperanza está en la oración. Pero en vez de orar, adoptas el lenguaje de los cínicos. Tu propia boca te condena, tus labios testifican contra ti. La pasión te domina y te vuelves furioso contra Dios.

¿Naciste tú el primero de los hombres? ¿Has asistido al consejo de Dios y has asimilado su sabiduría? ¿Qué sabes tú que nosotros no sepamos? Deberías escucharnos, pues hay entre nosotros hombres más viejos que tú.

¿Qué es el hombre para creerse puro? Si ni los cielos son puros a sus ojos, ¡cuánto menos este ser abominable, el hombre que se ahoga en corrupción! ¿Puede un hombre ser justo ante su creador? Si él ni siquiera confía en sus ángeles, si hasta en ellos percibe defectos, ¿cómo mirará a los que viven en casas construidas sobre el polvo? El hombre es aplastado igual que un insecto y desaparece sin que nadie lo advierta. ¿Qué es el hombre para creerse inocente?

La vida del malvado discurre entre tormentos. Por alzar su mano contra Dios y atreverse a retarlo, acaba viviendo entre tinieblas, y en sus oídos se escuchan voces de terror.

Sólo Dios puede consolarte, Job. Vuelve tus ojos hacia él. ¿Te parece poco el consuelo de Dios?

JOB—¿No veis que el llanto enrojece mis ojos y una sombra de muerte pesa sobre mis párpados? La tristeza me consume,

Mi cuerpo se desvanece en la sombra. Llamo al sepulcro «padre», «madre» a los gusanos. ¿Me queda alguna esperanza? La felicidad, ¿volveré a conocerla? ¿Por qué la cólera de Dios no me da descanso? ¿Por qué Dios rechina sus dientes contra mí?

Yo vivía en paz, pero tú me agarraste por la nuca y me derribaste, y lanzaste sobre Mí a todos tus ejércitos, y me entregaste a los injustos, me arrojaste a los pies de los malvados.

¿Por qué, si no hay en mis manos injusticia y mi oración es sincera?

Hablo y hablo sin que las palabras calmen mi dolor, pero más me duele callar. No puedo dejar de hablarte, nada puede frenar mis gritos. Mis lágrimas son mi abogado en este pleito entre un hombre y Dios. Y tú mi único testigo, el único que puede defenderme.

NARRADOR—Bildad de Súaj respondió así.

BILDAD—¿No callarás? ¿Crees que puedes engañarnos, fingiendo inocencia? El malvado se mueve a oscuras por un camino lleno de trampas. Él mismo se mete en la red, él mismo cierra el cepo que lo apresa. Entonces, el azufre devora su piel, la muerte roe su cuerpo y el recuerdo de su nombre se desvanece. Así acaba el hombre que desconoce a Dios.

JOB —¿Hasta cuándo vais a atormentarme? Ya me habéis insultado mil veces. ¿No os sentís hartos de mi carne? ¿Por qué sumáis vuestro acoso al acoso de Dios? Tened piedad de mí, es la mano de Dios la que me ha herido.

Grito «¡Auxilio!» y no me respondes; pido «¡Ayuda!» y callas. ¿Por qué me ocultas tu rostro? Has puesto en mi camino un muro infranqueable, has llenado mi senda de oscuridad. ¿Por qué me tratas como a tu enemigo? Mis huesos se pegan a la piel. Mi aliento repugna a mi esposa, doy asco a mis hermanos, mis parientes me evitan. Me he vuelto extraño a los ojos de todos. Hasta los niños se burlan de mí. Y vosotros, mis amigos, venís a ofenderme. Os decís: «Mirad qué queda del orgulloso Job. ¿Qué le queda al malvado?». Pero yo sé que un defensor vendrá en mi socorro. Sí, él vendrá finalmente.

NARRADOR—Sofar de Naamat le replicó así:

SOFAR.—¿No sabías tú que, desde siempre, desde que el hombre fue puesto en la Tierra, es breve la alegría del impío? Aunque su cabeza alcance las nubes, el malvado desaparece como estiércol. Le sabía dulce la maldad, pero ese manjar se corrompe, se transforma en veneno en sus entrañas. Dios le hace vomitar las riquezas que devoró. Sus tesoros no lo salvarán de la miseria. Dios hará llover flechas sobre él. Si escapa del hierro, el bronce lo matará. El cielo desnudará su culpa y la tierra se alzarán contra él. Un diluvio arruinará su casa el día de la ira. Ésta es la suerte que Dios reserva al malvado, ésta es la herencia que destina para él.

JOB—¿Creéis que hablo sin razón? Decidme: ¿por qué tantos malvados mueren viejos y poderosos, rodeados de hijos, en un hogar en paz, sin miedo, sin probar el castigo de Dios? ¿Por qué son felices los malvados? Los mismos que dicen a Dios: «Fuera de aquí. ¿Quién eres tú para servirte?».

Te ríes de la angustia de los inocentes y dejas la Tierra en poder de sus verdugos. Dejas que al justo lo invada la desgracia mientras los que insultan tu nombre viven tranquilos.

Pero, ¿quién puede juzgarte a ti, que juzgas a las estrellas?

NARRADOR—Entonces tomó la palabra Elifaz de Temán.

ELIFAZ—¿Te castiga Dios por tu piedad? ¿No será por tu maldad?, ¿no será por tus culpas? Habrás despojado de sus ropas al desnudo, no habrás dado de beber al sediento, habrás negado pan al hambriento. El malvado se dice: «¿Qué sabe Dios? Las nubes no le dejan ver. Está muy lejos de mí. ¿Qué puede hacerme?». Haz las paces con él, Job. Alza a Dios tu oración y volverá a ti la luz. Él humilla al arrogante, pero levanta a quien se humilla ante él.

JOB—¡Si supiera cómo llegar a tu morada, para exponer ante ti mi causa! Pero no sé dónde estás. Voy a Oriente y no te hallo. Voy a Occidente y no te encuentro. Te busco al Norte y no apareces. Voy al Sur y no te veo. ¿Dónde está Dios?

No te veo, pero sé que tú sí me ves. Tú conoces mi conducta. Ponme a prueba y me encontrarás limpio. Mis pies se aferran a tus huellas, sigo tu camino sin torcerme.

Mas, si tú has decidido, ¿qué te hará cambiar? Lo que tú hayas elegido para mí, eso se cumplirá.

Las tinieblas cubren el mundo. Miles de hombres vagan desnudos en el frío, hambrientos y sedientos. Piden socorro,

pero tú no los escuchas. Mientras, se extienden los que no quieren pisar tus caminos, los rebeldes a la luz, los hombres de la noche. Buscan sus presas desde el amanecer, dan caza a los débiles. Son los asesinos del alba.

NARRADOR—Bildad de Súaj tomó la palabra por tercera vez.

BILDAD—Dios suspendió la Tierra sobre la nada y cubrió el cielo de estrellas; contuvo al mar y venció a la serpiente. ¿Quién puede contar las tropas de Dios? ¿Quién puede esconderse de su luz? Ante sus ojos, ni siquiera el sol tiene brillo. ¡Cuánto menos el hombre, ese gusano!

JOB—Conozco la fuerza de Dios, conozco mi debilidad. Pero hasta la muerte proclamaré mi inocencia. No me avergüenzo de ninguno de mis días.

¡Dios que niegas mis derechos! ¡Dios que me hartas de amargura! Mientras siga respirando y me anime tu aliento, juro que mis labios no te negarán, juro que mi lengua no te ofenderá. No escucharás las protestas del impío cuando sobre él se abata la angustia. Yo, en cambio, hasta el final esperaré tu respuesta.

NARRADOR—Entonces fue Sofar de Naamat quien habló.

SOFAR—Ésta es la suerte que Dios reserva al malvado. El oro que acumuló, otro lo disfrutará; el inocente heredará su plata. Se acuesta rico y, al despertar, no tiene nada. Y todos aplauden su ruina, todos escupen el camino por donde pasa. Su nombre no será recordado. Sus hijos no tendrán paz y su viuda no lo llorará. Dios troncha como a un árbol al

injusto. Le da confianza, pero vigila sus pasos y, de pronto, lo derriba.

No hay otra sabiduría que la que viene de Dios. El hombre entra en el interior de las montañas, abre canales en las rocas y saca a la luz ocultos minerales. Mas la sabiduría, ¿de dónde viene? No se compra con oro ni con plata. Desconocemos el camino que lleva hasta ella. Sólo Dios conoce ese camino. Porque sólo su mirada abarca el mundo. Sólo él ve cuanto hay bajo los cielos. Cuando calculó el peso del viento y señaló una medida a las aguas, cuando impuso una norma a la lluvia y una ley al relámpago, entonces dijo al hombre: «La sabiduría es temer a Dios».

JOB—Siempre te temí. Nunca te negué. Y ahora, te pido auxilio y no respondes. Te pido ayuda y no contestas.

Ojalá pudiera recuperar el tiempo pasado, las horas en que me protegías. Todos me tenían respeto. Los más sabios callaban para escucharme. Ahora, en cambio, se ríen de mí hombres a quienes antes no habría dejado cuidar a mis perros. Hombres viles escupen a mi paso. Dios me ha dejado solo y los peores me humillan sin que nada los frene.

Te has vuelto cruel conmigo. Tu mano se ceba en mí. ¿Es que yo volví la mía contra el débil? ¿No lloré con quien sufría? ¿No tuve piedad del pobre? ¿No ayudé al huérfano y a la viuda? ¿No fui ojos para el ciego, pies para el cojo, abogado del inocente? ¿No abrí mi casa al extranjero? ¿Acaso me alegré del mal del enemigo?

Yo esperaba la dicha, pero mira mis ojos. Camino entre



las sombras, hermano de chacales, con la piel ennegrecida, los huesos consumidos por la fiebre, las entrañas hirviéndome sin tregua.

Hice promesa de ser justo, y me dije: «Moriré cargado de días, vigoroso y digno». Pensé que reservabas desgracia al malvado, felicidad al justo. *Tú* llevas la cuenta de mis pasos. Dime entonces: ¿Cuándo he faltado contra ti? Pésame en tu balanza. Si en algo fui injusto, que otro se lleve mi felicidad. Si puse mi confianza en el oro, si fui insensible a la necesidad del débil, si no di mi pan al hambriento, si no partí mi ropa con el desnudo, si alcé mi mano contra el huérfano, ¡que mi brazo se rompa por el codo!

NARRADOR—Viendo que Job no dejaba de proclamar su inocencia, aquellos tres hombres ya no le contestaron más. Entonces tomó la palabra un cuarto hombre, Elihú, hijo de Baraquel el buzita, del clan de Ram. Hasta entonces, había guardado silencio, pues los otros eran mayores que él. Pero al ver que callaban, dijo:

ELIHÚ—Os he escuchado, pensando: «Que hable la edad. Los ancianos dirán palabras sabias». Pero no son los años los que dan sabiduría. Es un soplo de Dios lo que da la sabiduría al espíritu del hombre. Ninguno habéis sabido refutar a Job. Yo lo haré. No temas, Job, no pondré mi mano sobre ti, será mi lengua quien te responda. Animado por un aliento incontenible, me siento lleno de palabras con que refutarte. Escúchalas, Job, y replícalas si puedes.

Has dicho: «Soy puro, sin delito; soy inocente, sin

pecado. Pero Dios busca excusas contra mí. Vigila mis pasos y pone trampas a mis pies». Así has dicho, Job, pero te equivocas. Olvidas que Dios es más grande que tú y que cualquier hombre.

¿Puede un hombre ser útil a Dios? Si pecas, ¿en qué le afecta a Dios? Si eres justo, ¿qué le das con ello?

Te quejas porque él no responde a tus palabras. Dios nos habla de muchas formas, aunque no siempre le oímos. Dios nos habla de muchas formas, y el dolor es una de ellas. Hiriéndonos en los huesos, también así nos habla. Pero si el herido ruega a Dios y Dios le otorga su favor, entonces verá el rostro de Dios y dirá: «He pecado, pero Dios no me ha pagado con la misma moneda. Ha llenado mi vida de luz». Así hace una y otra vez Dios con el hombre.

Te he oído decir: «Soy inocente, pero Dios me niega todo derecho. Me castiga sin haber pecado. De nada vale al hombre hacer el bien». Así has dicho, Job. Pero lejos de él está la injusticia. Dios paga al hombre con arreglo a sus obras, a cada uno retribuye conforme a su conducta. Nunca tuerce el derecho. Dios no hace nunca el mal.

Dime, Job, ¿quién le dio el gobierno de la Tierra?, ¿quién le confió el universo? Si él retirase del mundo su aliento, toda la carne moriría al instante y todos los hombres volverían al polvo. Él no favorece al grande frente al débil, ni al rico frente al pobre, porque todos son obra de sus manos. Él conoce a todos los hombres, no hay sombra lo bastante espesa para ocultarse a sus ojos. Y, de pronto, hiere al malvado. A veces esconde su rostro, pero sigue

velando sobre hombres y naciones, para evitar que reine el impío.

Dios no castiga al que le dice: «Me arrepiento. No volveré a obrar mal». Tú, sin embargo, rechazas su juicio. Cualquier sabio te diría: «Respondes como un malvado. Multiplicas tus palabras contra Dios. A tu pecado añades rebeldía». ¿Crees que es justo decir: «Soy inocente ante Dios»? O decir: «¿Qué gané con no pecar?». Dices: «Dios no me escucha. Le expuse mi causa y en vano espero su respuesta». No añadas más palabras necias, Job. Dios no responde a los malvados arrogantes. Pero si el hombre escucha y se somete, sus días acaban felices.

También a ti, Job, te sacaré de las fauces de la angustia. Pero si defiendes la causa del malvado, de un golpe te abatirá. ¿Fue la opulencia lo que te corrompió, Job? ¿Acaso tus riquezas te dan auxilio en la desdicha? No escondas tus acciones en la sombra, Job, por ellas te ha probado la desgracia. No hay otro maestro que Dios. ¿Quién puede señalarle el camino a seguir? ¿Quién se atreverá a decirle: «Has hecho mal»? Dios es tan grande que no lo conocernos. La suma de sus años es incalculable. Él hace maravillas incomprensibles. ¿Conoces tú el misterio de Dios? Piensa en ello, considera los prodigios de Dios. ¿Cómo alimenta a los hombres? ¿Cómo sus manos se llenan de relámpagos que dirige contra los impíos? ¿Cómo castiga a los pueblos o los favorece? ¿Cómo extiende la bóveda del cielo? ¿Cómo hace que el sol brille? ¿Cómo sostiene las nubes? ¿Cómo desata el huracán? ¿Cómo ilumina la noche

con sus rayos? ¿Cómo forma el hielo con un soplo? Dice a la nieve: «Cae sobre la tierra», y la nieve interrumpe el trabajo de los hombres para que todos admiren su creación.

Dios es muy alto para el hombre. Él es infinito en su poder, infinito en su rectitud, él es maestro de justicia. Mira el relámpago que cruza del cielo a la tierra; escucha el trueno que sale de su boca. Nada puede retener su voz cuando retumba.

NARRADOR—Fue entonces cuando, desde la tormenta, Dios habló a Job:

«¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la Tierra? ¿Sabes quién fijó sus medidas? ¿Quién marcó límites al mar, quién encerró el orgullo de sus olas? ¿Has llegado hasta las fuentes del océano?, ¿has paseado por el fondo del abismo? ¿Se te han abierto las puertas de la muerte? ¿Alguna vez has dado órdenes a la mañana, o has señalado su lugar a la aurora? ¿Sabes dónde habita la luz, dónde las tinieblas? ¿Sabes cómo se reparte la luz por el mundo? ¿Has llegado a los silos de la nieve?, ¿has visto los graneros de granizo que yo guardo para tiempos de angustia? ¿Tiene padre la lluvia? ¿Levantas tu voz a las nubes y la masa de aguas te obedece? ¿Quién engendra las gotas del rocío? ¿De qué vientre sale el hielo? ¿Quién pare la escarcha? ¿Saltan a tus órdenes los relámpagos? ¿Puedes atar los lazos de las estrellas o hacer que salgan a su hora? ¿Conoces las leyes de los cielos? ¿Has asistido al parto de las ciervas? ¿Quién procura alimento a las crías del león y del cuervo? ¿Están las bestias dispuestas a servirte? ¿Puedes atarlas a tu arado

y hacer que abran los campos para ti? ¿Das tú al caballo su bravura? ¿Vuela el halcón porque tú le enseñas? ¿Conoces al hipopótamo? Sus huesos son tubos de bronce; sus vértebras, de hierro. Nada en la tierra ni en el agua le produce temor, nadie bajo el cielo le hizo frente. ¿Jugarás con él como con un pájaro? ¿Conoces al cocodrilo? Sólo su vista aterra, hasta los más fuertes le temen. En su piel no se clavan la espada ni el dardo ni la lanza, la flecha no le hace huir, el hierro es para él como paja, el bronce como madera podrida. ¿Quién logró abrir su coraza?, ¿quién ha abierto sus fauces? ¿Acudirá a ti con gesto humilde? ¿Conoces al avestruz, que abandona sus huevos en el suelo para que la arena los incube, sin temer que un pie pueda pisarlos?

»¿Callas? ¿No tienes bastantes años para responder a mis preguntas? ¿No tienes un brazo como el brazo de Dios?, ¿una voz como la voz de Dios? Si tienes un brazo como el de Dios, una voz como la de Dios, da rienda suelta a tu cólera, derriba con una mirada al arrogante, humilla al soberbio, aplasta a los malvados donde se hallen, cúbrelos de polvo. Haz todo eso y yo te honraré.

»¿Callas? ¿No quieres discutir mi derecho? ¿No me vas a condenar, para ser tú absuelto? ¿No vas a contestarme, censor de Dios? ¿Qué tienes que decirme, acusador de Dios?»  
JOB—Me doy cuenta de que todo lo puedes. Quiero que me instruyas. Te dije palabras sin sentido. Hablé sin razón de cosas que no comprendo. Retiro mis palabras y me arrepiento en polvo y en ceniza. Hablé una vez y nada añadiré.

NARRADOR—Job puso sus manos en su boca, para taparla.

Dios se dirigió entonces a los hombres que acompañaban a Job. Les dijo:

«Estoy enfadado con vosotros, porque no habéis hablado de mí como ha hablado mi siervo Job. Tomad siete terneras y siete carneros y, ante mi siervo Job, ofrecedlos en holocausto. Mi siervo Job intercederá por vosotros. En consideración a él, no os infligiré castigo por no haber hablado de mí como ha hecho mi siervo Job».

## II

NARRADOR—Ésta es la historia de Job. Al menos, así es como yo la recuerdo. Pienso en ella a menudo. Pienso en Job cada vez que oigo esa pregunta: ¿Dónde está Dios? «¿Dónde está Dios?», se pregunta Job.

¿Dónde está Dios? Recuerdo haber oído esa pregunta hace muchos años. Recuerdo esa pregunta y la respuesta que entonces encontré.

Me habían enviado a un campo de trabajo, éramos setecientos detenidos allí. Habíamos tenido suerte. El hombre al mando era un holandés. Jamás recibimos un golpe de su mano, ni un insulto de su boca.

El holandés tenía a su servicio un niño que siempre lo acompañaba.

Un día, no lejos de allí, una central eléctrica saltó por los aires. La Gestapo determinó que se trataba de un sabotaje. Alguna sospecha los condujo hasta nuestro campo.

Y allí encontraron armas escondidas.

El holandés fue arrestado. Lo torturaron, pero él no les dio ninguna información acerca de aquellas armas. Lo vimos partir hacia Auschwitz. Nunca más supimos de él.

El niño, su criado, permaneció en el campo. Lo torturaron, ¡pero tampoco él les dijo lo que querían saber.

Un día, a la vuelta del trabajo, vimos que los SS habían levantado tres horcas en el patio. Al poco, trajeron a tres encadenados. Dos adultos y un niño, el criado del holandés. Un comandante de las SS leyó la sentencia. Los SS hicieron que cada condenado subiera a una silla, al pie de la horca, y les pusieron las cuerdas en el cuello.

Los dos adultos gritaron: «¡Viva la libertad!». El niño callaba. Entonces oí a mi espalda aquella pregunta: «¿Dónde está Dios?».

A una señal del comandante, las tres sillas cayeron. Se hizo un silencio absoluto. El comandante nos gritó: «¡Descubrílos!». En el horizonte, el sol se escondía.

Yo me di cuenta de que estaba llorando.

Me sorprendió, porque en el campo no llorábamos nunca. Nuestros cuerpos secos habían olvidado llorar.

El comandante gritó: «¡Cubrílos!». Y nos hizo desfilar a todos ante las tres horcas.

Los dos adultos murieron inmediatamente. Pero la tercera cuerda siguió moviéndose durante largo rato. Cuando yo pasé ante él, el niño todavía luchaba con la muerte.

Entonces escuché aquella pregunta por segunda vez: «¿Dónde está Dios?»

No sé dónde encontré fuerza para responder:

«Ahí. Ahí está. Colgado de esa horca.»

### III

NARRADOR—«¿Dónde está Dios?» En aquellos días, muchos hombres se hicieron esa pregunta: «¿Dónde está Dios?». En Varsovia, la pregunta resonó por todos los rincones del gueto. Este hombre está allí, en el gueto. Las llamas crecen alrededor de la casa desde la que ha combatido durante siete días y siete noches. Tiene ante sí dos botellas de gasolina.

HOMBRE—Dos botellas de gasolina: ésta es toda la munición que me queda. Una es para los asesinos. La otra la reservo para mí. Esta casa está a punto de caer, pero a mí no me cogerán vivo.

Voy a prenderme fuego, pero antes deja que te diga unas palabras. Deja que te diga esto: yo sigo creyendo en ti pese a todo lo que tú has hecho para que yo dejase de creer en ti.

¿Puedes comprenderme? ¿Puedes comprender los sentimientos de un hombre que muere abandonado por su Dios, en quien creía con tanta fuerza?

Igual que Job, al mirar mi pasado puedo decir, hasta donde un hombre puede estar seguro de sí mismo, que la mía fue una vida justa y que te amé con todo mi corazón. Alguna vez fui bendecido por la fortuna, pero la fortuna nunca me envaneció. Siempre miré mis bienes como algo extraño, de modo que, si me robaban, era como si se



apropiasen de cosas sin dueño. Mi casa estaba abierta a los necesitados y me sentía dichoso cuando podía ayudar a alguien. Yo te servía, y lo único que te pedí fue que me permitieses seguir sirviéndote con todo mi corazón y con todas mis fuerzas.

Mi vida ha cambiado. Mi fe en ti, no. Antes, tú no cesabas de hacerme favores, y yo siempre estaba en deuda contigo. Hoy, sigo siendo deudor tuyo. Pero ahora también tú tienes una deuda conmigo. Una deuda muy grande.

Job te pidió que le señalases sus pecados para conocer la causa de su sufrimiento. Yo no.

No existe una falta que merezca un castigo como el que hemos recibido. No, no se trata de un castigo por haber pecado. Es algo muy distinto lo que está teniendo lugar en el mundo.

No se trata de faltas y de castigos, sino de un ocultamiento de tu rostro. Has apartado tu rostro del mundo. Has abandonado a los hombres a sus impulsos más salvajes. La fuerza de los instintos domina el mundo. ¿Oyes a ese perro que aúlla entre los cadáveres? Está hambriento. Está enfermo. Está loco. Las llamas y los disparos lo han vuelto loco. Pero yo siento envidia de él. Me gustaría ser ese perro. Me gustaría ser un animal. Siento vergüenza de ser hombre.

Mira este niño que yace a mi lado. Lo miro y me avergüenzo de ser hombre.

Hemos luchado desde esta casa durante siete días y siete noches. Todos mis compañeros han caído silenciosa, serenamente. También este niño. Apenas debe de tener cinco

años, sólo tú sabes cómo llegó hasta aquí. ¿Verdad que su boquita parece sonreír? ¿No parece que se está riendo de mí? Se ríe de mí con esa sonrisa de la gente sabia. Este niño ya lo sabe todo, ya todo le resulta claro. Ya sabe por qué nació aunque debía morir tan pronto. Y si no lo sabe, sabe que saberlo o no carece de importancia en ese mundo en que ahora se encuentra, en brazos de sus padres asesinados.

Dentro de poco, también yo voy a saberlo. Y si mi rostro no es devorado por el fuego, también en mí verás esa sonrisa.

Mi hijo pequeño tendría hoy la edad de este niño.

Primero perdí a mi mujer. Luego, uno a uno, a todos mis hijos. Tú no me ayudaste a esconderlos de sus perseguidores. Hoy la luz sólo vale para descubrir las huellas de quienes huyen. Uno a uno los perdí, a cada uno de ellos. Ahora llega mi turno.

Llega mi turno y veo la vida desde una perspectiva tan clara como casi nunca le es otorgada a un hombre a punto de morir.

Sé que nuestro destino no es decidido por cálculos terrenos, sino por otros que no pertenecen a este mundo. Hay una gran aritmética divina, frente a la cual el dolor humano no cuenta nada.

Pero eso no significa que tú y tu sentencia seáis justos. No, no nos merecemos los golpes que recibimos.

Mira a este niño que yace a mi lado y dime: ¿qué más debe ocurrir para que muestres tu rostro al mundo?

Nosotros, los burlados, los ofendidos, los humillados, los torturados, los violados, los asesinados, los asfixiados, los

enterrados vivos, los quemados vivos, ¿no tenemos derecho a saber? ¿No tenemos derecho a saber dónde están los límites de tu paciencia?

¿Eres tan grande que nada de lo que nos pase puede conmoverte?

¿Hasta cuándo manifestarás tu grandeza permitiendo que se golpee a los pequeños, a los inocentes?

¿Dejarás que el mundo se devore en su maldad?  
¿Dejarás que el mundo se ahogue en su propia sangre?  
¿Hasta dónde vas a seguir tensando la cuerda?

No tenses más la cuerda. Podría romperse.

Ya hay muchos que, en su desventura y en su furia, se han apartado de ti. Perdónalos. Has transformado nuestra vida en un combate tan interminable, que los cobardes huyen donde sus ojos los lleven. No los castigues por eso. A los cobardes no se les castiga, se les compadece. De ellos, apiádate más que de nosotros. Perdona a los que renegaron de ti, a los que se volvieron indiferentes respecto de ti. Los has golpeado tanto que ya no creen que seas su padre.

Yo, en cambio, creo en ti más que nunca. Ahora más que nunca sé que tú eres mi Dios. Porque no eres, no puedes ser, el Dios de aquellos cuyos actos son expresión de la ausencia de Dios.

Si tú no fueses mi Dios, ¿el Dios de quién serías, el Dios de los asesinos?

Aún tengo dos botellas. Estos días he lanzado muchas. Nunca imaginé que la muerte de otros hombres, aunque fuesen enemigos, y enemigos como éstos, pudiera alegrarme

tanto. Al vaciar el fuego sobre ellos, sentí una alegría tan honda como si comenzase una nueva vida para mí. Ardían como los inocentes a los que ellos han quemado en los hornos, ardían como ellos, pero gritaban mucho más. Nunca imaginé que la venganza pudiera alegrar tanto mi corazón. Ahora sé que la venganza siempre será el último recurso de lucha de los oprimidos.

Tú, mi Dios, eres un Dios de la venganza.

Pero hoy no te pido venganza. No hay en el mundo un castigo que pueda expiar el crimen cometido con nosotros. No, no te pido que castigues a los asesinos. Y si lo haces, castiga antes a los que silencian el asesinato. A los que dan gracias al asesino por el trabajo que hace para ellos.

Tampoco te pido nada para mí. No espero milagros. Ocultaste tu rostro a mis hijos. Has ocultado tu rostro a millones de hombres. ¿Por qué ibas a mostrármelo a mí?

La muerte no puede esperar más. El sol llega a su ocaso y yo te agradezco que no volveré a verlo. Un resplandor de incendios cubre la ciudad y el cielo parece una catarata de sangre. Dentro de muy poco estaré con mi familia y con los millones de asesinados, en ese mundo donde tú eres el único señor.

Muero golpeado, pero no de rodillas. Con la frente inclinada ante tu grandeza, pero sin besar el látigo con que me azotas.

El mundo se ha llenado de hombres que te odian y que me persiguen por tu causa, pero yo he seguido sirviéndote, he observado tus preceptos, he santificado tu nombre. Has

hecho todo lo posible para apartarme de ti, pero si piensas que con las pruebas a que me sometes vas a lograr que me desvíe de tu senda, te advierto que no lo conseguirás. Puedes quitarme todo lo que poseo, puedes humillarme, puedes atormentarme. Muero tal como he vivido, siguiendo tu ley. Creo en ti pese a todo lo que has hecho para que dejase de creer en ti. Sigo amándote, a pesar de ti. Yo te amo, pero más amo tu ley. Y cuantos más morimos por tu ley, más inmortal te haces tú.

#### IV

NARRADOR—«¿Dónde está Dios?», se pregunta Job. ¿Lo sabe esta joven?, ¿sabe ella dónde está Dios? Tiene ante sí una carta cerrada. Llevaba meses esperándola y ayer, por fin, la recibió. No necesita abrirla para saber lo que contiene: su orden de deportación. Tal día, a tal hora, habrá de presentarse en la estación de ferrocarril. Sólo podrá llevar consigo una maleta.

MUJER—Ha sido una noche de espanto. Me he quedado despierta en la oscuridad, con los ojos ardientes. Todas las imágenes del sufrimiento humano han desfilado esta noche ante mí. Han sido horas de espanto, pero ya empiezo a estar en paz. Ya sé lo que tengo que hacer.

Voy a abrir esta carta. Voy a leerla lentamente, como se lee una buena noticia. Luego, sin decir nada a nadie, voy a retirarme al rincón más silencioso de la casa, voy a cerrar los

ojos y voy a reunir toda mi fuerza, toda la fuerza de mi cuerpo y de mi alma. Luego voy a hacer mi equipaje. Una Biblia. Ninguna foto. Prefiero irme con el recuerdo de sus rostros y de sus gestos, me acompañarán siempre. Lo último que haré, antes de salir a la calle, será cortarme el pelo y tirar mi lápiz de labios. Luego iré a despedirme de mis padres, pero antes me arreglaré las muelas con caries, sería grotesco tener dolor de muelas allí. Luego sí, luego iré a casa de mis padres a llevarles palabras de consuelo. Por último, visitaré al hombre con quien querría haber vivido toda mi vida.

No sé cómo reaccionaré cuando me despida de él para siempre. En el fondo de mí, me cuesta creer que tengo que separarme de él. El otro día, cuando caminábamos de la mano, pensé: ¿por qué no podemos seguir juntos?

Debo quitarme esa esperanza de la cabeza. Debo aceptar que seguiré mi camino separada de él y de todos aquellos sin los cuales no creo poder vivir. Debo desatar los lazos exteriores para atar los interiores. Así, a pesar de la separación, persistirá una unión íntima. En este mundo desolado, los caminos más cortos de un ser a otro son los caminos interiores. Buscar una vida para dos, eso sólo puede hacerse interiormente en este mundo desolado.

Sé que mis padres no van a ponérmelo fácil. Me dirán: «Usaremos nuestras influencias. Tenemos amigos que nos ayudarán a ganar tiempo. Hay que resistir hasta que esos animales pierdan la guerra». En eso depositan su esperanza. Pero hay que separarse de toda esperanza fundada en el mundo exterior. Mis padres no entienden esto, dicen que soy

pasiva, que me abandono sin lucha, que me he resignado. No es resignación. No es que yo vaya a la muerte con una sonrisa en los labios. Se trata de otra cosa.

Se trata de que yo acepto la vida, la acepto siempre y siempre la encuentro buena, aun en los peores momentos. Por eso, yo no me preocupo jamás por el mañana. Tampoco ahora, cuando estoy a punto de tornar un tren que no sé adónde me llevará. Sólo sé que, allí donde me lleven, descubriré un nuevo estado de mi alma. Así ha sido hasta ahora. En cada situación he descubierto un nuevo estado del alma. Una parte de mí, hasta entonces en silencio, de pronto habla.

Ayer sucedió. Ayer fue un día muy duro. Desde hace años, cada día está más lleno de pena que el anterior, y ayer tuve que soportar mucho. Pero está hecho, y yo he ganado todo eso que se me vino encima. Y hoy me siento capaz de afrontar un poco más que ayer. Eso es lo que me da esta alegría. La certeza de que soy capaz de llegar hasta el final, sola y sin que mi corazón se consuma de amargura. Y mis peores momentos de tristeza dejan en mí surcos fértiles y me hacen más fuerte.

Mis padres no lo entienden. Me dicen: «Piensa en ti misma». Eso es lo que hacen todos hoy, pensar en sí mismos. Cada uno intenta pasar a través de los hilos de la red. Pero, ¿de qué vale que uno escape si otro es aniquilado? Mis padres se enfadan cuando digo que no importa si soy yo o es otro el que sube a uno de esos trenes. Me dicen: «Tienes que cuidarte. Tienes tantas cosas que hacer en la vida. Tanto que

dar.» Sé que tengo mucho que dar. Pero eso que tengo que dar, lo daré donde me halle. Aquí o en el campo de concentración.

Cuando me oyen hablar así, mis padres dicen que me comporto como si no supiese lo que me espera. Sé lo que me espera, hasta en los más pequeños detalles. Conozco las terribles posibilidades que pueden realizarse sobre mi pequeña persona. Y, sin embargo, estoy tranquila. Ellos dicen: «¿Cómo puedes tomártelo así? Ni siquiera los insultas. ¿Es que no te enfurece el trato que dan a los seres humanos?». Yo les digo que los acontecimientos han tomado proporciones demasiado enormes, demoníacas, para que uno pueda reaccionar con rencor o con rabia. Esa reacción es pueril, inadecuada al carácter fatal de las cosas. Hoy sólo vale la aceptación de lo inevitable y la convicción de que, sin embargo, nada nos puede ser arrebatado. La Tierra se está convirtiendo en un inmenso campo de concentración del que nadie quedará fuera. No es el momento de salvar la vida cueste lo que cueste.

Mis padres me dicen: «Tienes que escapar de sus garras». Pero yo no me siento en las garras de nadie. Yo sólo me siento en tus brazos, mi Dios. También en el campo, acechada por los SS, me sentiré en tus brazos. Tendré que soportar sufrimientos que ni siquiera soy capaz de imaginar, tal vez seré presa de la desesperación. Pero todo eso es poco comparado con mi confianza en ti.

Si tú crees que yo todavía tengo mucho que dar, lo daré también después de atravesar las mismas pruebas que otros.



Y si hago lo que es justo, descubriré un nuevo valor en mí. Y si no sobrevivo, mi manera de morir dará una respuesta a la pregunta: «¿Quién soy yo?».

¿Quién soy yo?

Muy pronto voy a saberlo. Tú lo verás en mis ojos. Cuando mi rostro esté devastado por el sufrimiento, mi alma se concentrará en mis ojos.

Te prometo una cosa, poca cosa. Prometo que te voy a ayudar a no apagarte en mí. No eres tú quien nos puede ayudar, sino nosotros a ti, y al hacerlo nos ayudamos a nosotros mismos. Eso es todo lo que nos es posible saber en esta época y lo único que cuenta. Un poco de ti en nosotros, mi Dios. Y tal vez podamos también ayudar a ponerte en los corazones martirizados de los otros.

Tú pareces tan incapaz de modificar la situación... Por eso, yo no te pido cuentas. Si tú no puedes ayudarnos, nos corresponde a nosotros ayudarte y defender la morada que te abriga en nosotros.

Hay gente, ¿puede creerse?, que en el último momento trata de poner en lugar seguro las cucharas de plata, en vez de protegerte a ti. Y hay gente que busca proteger su propio cuerpo. Dicen: «Yo no caeré en sus garras». Olvidan que uno no está en las garras de nadie mientras está en tus brazos.

Hablar contigo me da calma. Tendré muchas conversaciones contigo allí donde me llevan, para impedirte que me dejes. Conocerás también momentos de necesidad en mí. Pero, créeme, seguiré obrando por ti, te seguiré siendo fiel, no te expulsaré de mi recinto.

Sé que no me falta fuerza para afrontar el gran sufrimiento. Me dan más miedo las pequeñas preocupaciones que asaltan a veces como miserias ardientes. Pero yo me diré cada día: «Un día más. No tienes excusa. Utiliza cada instante de este día, conviértelo en un momento fructífero, en piedra sobre la que apoyar los días de angustia que nos esperan».

La tempestad de esta noche ha destrozado el jardín. Sus flores brotan desparramadas en los charcos. Pero, en alguna parte de mí, ese jardín sigue floreciendo y esparce su aroma en torno a tu morada. Tú ves cómo te cuido. No te ofrezco solamente mis lágrimas en este día gris, también te doy un jardín perfumado. Quiero hacerte un refugio lo más agradable posible. En una celda estrecha, viendo una nube pasar al otro lado de los barrotes, yo te daría esa nube.

No puedo garantizar nada, pero ya ves que mis intenciones son las mejores del mundo. Si tú no puedes ayudarme, me tocará a mí ayudarte a ti. Y si estoy para ti, también estaré para los otros. Voy a ayudarte, mi Dios, ése es el principio que me he marcado. Ahora voy a abrir esta carta y voy a leerla con calma, palabra por palabra, como una buena noticia. Y luego, voy a consagrarte este día y voy a verterme entre los hombres.

## V

NARRADOR--Pienso en ellos cada día. Pienso en esa mujer que va a tomar un tren hacia la muerte, pienso en ese

hombre rodeado de muerte, pienso en ese niño. Cada noche pienso en ese niño que lucha en el aire contra la muerte.

Intento pensar en Job. Cuentan que sus heridas se cerraron y la fortuna volvió a sonreírle. Cuentan que llegó a poseer catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil burras, y que tuvo siete hijos y tres hijas, y a la primera puso por nombre «Paloma», a la segunda «Acacia» y a la tercera «Perfume». Cuentan que no había en todo el país muchachas tan hermosas como las hijas de Job. Cuentan que Job conoció a sus nietos y bisnietos y murió anciano tras una larga vida.

## SELECCION DE TEXTOS

### LA NOCHE

*Elie Wiesel*

Presencié otras ejecuciones."Nunca vi llorar a uno solo de esos condenados. Hacía tiempo que esos cuerpos resecos

habían olvidado el sabor amargo de las lágrimas.

Salvo una vez. El *oberkapo* del comando 52 de los cables era un holandés: un gigante que superaba los dos metros. Setecientos detenidos trabajaban bajo sus órdenes y todos lo querían como a un hermano. Nadie había recibido nunca una bofetada de su mano, un insulto de su boca.

Tenía a su servicio a un niño, un *pipel*, como se los denominaba. Un niño de cara fina y hermosa, algo increíble en ese campo.

(En Buna odiaban a los pipel: a menudo se mostraban más crueles que los adultos. Un día vi a uno de ellos, de trece años de edad, golpear a su padre porque no había hecho bien su cama. Como el viejo lloraba calladamente, el otro rugió: «Si no dejas de llorar enseguida, no te daré más pan. ¿Entiendes?». Pero el pequeño ayudante del holandés era adorado por todos. Tenía la cara de un ángel desdichado.)

Un día, saltó la central eléctrica de Buna. Llamada al lugar, la Gestapo llegó a la conclusión de que era un sabotaje. Se descubrió una pista. Ella conducía al bloc del oberkapo holandés. ¡Y allí se descubrió, en un registro, una cantidad importante de armas!

El oberkapo fue detenido inmediatamente. Fue torturado durante semanas enteras, pero en vano. No delató ningún nombre. Fue trasladado a Auschwitz. Y no se oyó hablar más de él.

Pero su pequeño pipel quedó en el calabozo del campo. Torturado igualmente, también permaneció mudo. Entonces los SS lo condenaron a muerte, como asimismo a otros dos

detenidos a quienes se les habían encontrado armas.

Un día que volvíamos del trabajo, vimos tres horcas levantadas en el recinto de llamada, tres cuervos negros. Llamada. Los SS a nuestro alrededor, con las metralletas apuntándonos: la ceremonia tradicional. Tres condenados encadenados y, entre ellos, el pequeño pipel, el ángel de los ojos tristes.

Los SS parecían más preocupados, más inquietos que de costumbre. Colgar a un chico ante millares de espectadores no era poca cosa. El jefe del campo leyó el veredicto. Todos los ojos estaban fijos en el niño. Estaba lívido, casi tranquilo, y se mordía los labios. La sombra de la horca lo cubría.

El lagerkapo, esta vez, se negó a servir de verdugo. Tres SS lo reemplazaron.

Los tres condenados subieron a sus sillas. Los tres cuellos fueron introducidos al mismo tiempo en las sogas corredizas.

— ¡Viva la libertad! —gritaron los adultos. Pero el pequeño callaba.

— ¿Dónde está el buen Dios, dónde está? —preguntó alguien detrás de mí.

A una señal del jefe de campo, las tres sillas cayeron. Silencio absoluto en todo el campo. En el horizonte, el sol se ponía.

— ¡Descúbranse! --aulló el jefe del campo. Su voz estaba ronca. Nosotros llorábamos.

— ¡Cúbranse!

Luego comenzó el desfile. Los dos adultos ya no vivían. Su lengua colgaba hinchada, azulada. Pero la tercera sogá no estaba inmóvil: el niño, muy liviano, vivía aún...

Más de media hora quedó así, luchando entre la vida y la muerte, agonizando ante nuestros ojos. Y nosotros teníamos que mirarlo bien de frente. Cuando pasé delante de él todavía estaba vivo. Su lengua estaba roja aún, sus ojos no se habían apagado.

Detrás de mí oí la misma pregunta del hombre:

—¿Dónde está Dios, entonces?

Y en mí sentí una voz que respondía:

—¿Dónde está? Ahí está, está colgado ahí, de esa horca... Esa noche, la sopa tenía gusto a cadáver.

## YÓSEL RÁKOVER APELA A DIOS

*Zvi Kolitz*

En las ruinas del gueto de Varsovia, bajo montones de piedras y huesos humanos calcinados, escondido y oculto en una pequeña botella, fue hallado el siguiente testamento, escrito en las últimas horas del gueto por un judío llamado

Yósel Rákovér:

*Varsovia, 28 de abril de 1943*

Yo, Yósel, hijo de David Rákovér de Tarnopol, seguidor del rabino de Ger y descendiente de los justos, sabios y santos de las familias Rákovér y Meisls, escribo estas líneas mientras las casas del gueto de Varsovia están en llamas, y el edificio en el que me encuentro es uno de los últimos que aún no arden. Hace ya unas horas que estamos sometidos a un rabioso fuego de artillería, y a mi alrededor los muros se quiebran y revientan con estruendo bajo la lluvia de granadas. Dentro de poco, también esta casa, como casi todas las del gueto, se habrá convertido en la tumba de sus defensores y moradores. Los rayos del sol, relampagueantes e incandescentes como la brasa, que penetran en mi habitación a través de la pequeña ventana a medio tapiar, desde la cual hemos disparado día y noche contra el enemigo, me indican que el sol está a punto de ponerse y pronto caerá la noche. Probablemente, el sol ni siquiera sabe cuán poco lamento no volver a verlo jamás.

Peculiar es lo que nos ha sucedido: todos nuestros conceptos y sentimientos se han transformado. La muerte súbita, rápida e instantánea, se nos antoja como un redentor, como un libertador que rompe nuestras cadenas. Las bestias del bosque me son tan caras y queridas que me duele en el alma oír que a los criminales que ahora dominan Europa se les compara con bestias. No es cierto que Hitler tenga atributos de bestia. Es —y de ello estoy profundamente

convencido— un típico hijo de la humanidad moderna. La humanidad en su conjunto lo ha engendrado y criado, y él es la expresión sincera y desenmascarada de sus más íntimos y recónditos deseos.

Una noche, habiéndome escondido en un bosque, me crucé con un perro enfermo, famélico, loco tal vez, con el rabo entre las piernas. Ambos sentimos enseguida lo común de nuestra situación, pues la de los perros no era ni es un ápice mejor que la nuestra. Se me arrimaba, hundía su cabeza en mi regazo y me lamía las manos. No sé si alguna vez he llorado como aquella noche; me abracé a él y sollocé como un crío... Nadie se sorprenderá si recalco que en ese momento envidié a las bestias. Es más, sentí vergüenza. Vergüenza ante el perro de no ser un perro, sino un hombre. En efecto, así es, y a tal estado del espíritu hemos llegado: la vida es una desdicha; la muerte, un redentor; el hombre, una plaga; la bestia, un ideal; el día, un horror; la noche, un sosiego.

Millones de personas en este grande y ancho mundo, enamorados del día, del sol y de la luz, no saben ni sospechan siquiera cuántas tinieblas y desdichas ya nos ha deparado el sol, convertido en un instrumento en manos de los criminales. Lo han utilizado como un foco que ilumina las pisadas de los que de ellos huyen para salvarse. Cuando me escondí en los bosques con mi mujer y mis hijos, que entonces eran seis, la noche, y sólo la noche, nos acogió en su seno. El día nos entregó a los perseguidores que acechaban nuestras almas. ¡¿Cómo podré olvidar jamás el día en que los alemanes derramaron aquella lluvia de fuego



sobre miles de refugiados en la carretera de Grodno a Varsovia?! Con el sol del amanecer ascendieron sus aviones, que luego nos masacraron sin cesar, durante un día entero. En esa matanza perpetrada desde el cielo sucumbieron mi mujer y nuestro pequeño de siete meses en sus brazos, y el mismo día dos de mis otros cinco hijos desaparecieron sin dejar rastro. Se llamaban David y Yehuda, uno tenía cuatro años, el otro seis.

Con la puesta del sol, los escasos supervivientes prosiguieron su marcha en dirección a Varsovia. Pero mis otros tres hijos y yo rastreamos los bosques y los campos para buscar a los dos que habían desaparecido en el lugar de la matanza. «¡David!... ¡Yehuda!» Durante toda la noche nuestros gritos cortaron como cuchillos el silencio de muerte que nos rodeaba, pero sólo nos contestaba el eco del bosque, desvalido y compasivo, con la voz plañidera de un lejano llanto fúnebre que desgarraba el corazón. No volví a ver a mis dos niños, y en un sueño se me exhortó a dejar de preocuparme por ellos, pues se encontraban ya en manos del Señor del cielo y de la tierra. Mis otros tres hijos murieron en el gueto de Varsovia en menos de un año.

Raquel, mi hijita de diez años, había oído decir que en los cubos de basura de la ciudad, al otro lado de los muros del gueto, podían encontrarse restos de pan. El gueto pasaba hambre, y por las calles yacían los muertos de inanición tirados como trapos. La gente estaba dispuesta a morir de lo que fuera, menos de hambre, tal vez porque en una época en la que las persecuciones sistemáticas matan poco a poco

toda ansia intelectual, el deseo de comer es lo último que le queda a uno, incluso cuando ya se anhela la muerte. Así le sucedió, según me contaron, a un judío que desfallecía de hambre y le decía a otro: «¡Ay qué bien me sentiría si antes de morir pudiera comer una última vez dignamente, como un hombre!».

Raquel me había ocultado su plan de salir a hurtadillas del gueto, un crimen que era castigado con la muerte. Junto con una amiga, una niña de su edad, emprendió el peligroso camino. Era noche cerrada cuando se marchó de casa, y al salir el sol las dos fueron descubiertas ante las puertas del gueto. Los centinelas de los nazis, secundados por docenas de cómplices polacos, enseguida se lanzaron a la caza de las niñas judías que habían osado buscar un trozo de pan en un cubo de basura para no consumirse de hambre. Las personas que presenciaban la cacería no daban crédito a lo que veían. Hasta en el mismo gueto aquello era algo inédito. Uno hubiera dicho que se perseguía a prófugos peligrosos, al contemplar cómo la jauría homicida se echaba tras las escuálidas niñas de tan corta edad. Las criaturas no pudieron resistir mucho tiempo la carrera y una de ellas, mi hija, habiendo agotado sus últimas fuerzas, se desplomó exhausta. Los nazis le perforaron el cráneo. La otra consiguió escapárseles de entre las manos, pero murió dos semanas más tarde. Había perdido el juicio.

Jacob, nuestro quinto hijo, un chico de trece años, murió de tuberculosis el día de su *Bar Mitzvá*. La muerte fue su redención. El último de mis descendientes, mi hija Eva,

pereció a los quince años en una *Kinderaktion*, una matanza de niños, que comenzó al alba del último *Rosh-Hashaná* y terminó con la puesta del sol. En el transcurso de aquel día de Año Nuevo, cientos de familias judías perdieron a sus hijos.

Hoy me ha llegado la hora, y puedo decir como Job — sin ser yo el único que pueda decirlo—: desnudo regreso a la tierra, desnudo como el día en que nací. Tengo cuarenta y tres años, y si vuelvo la vista atrás, a los años pasados, puedo constatar con seguridad —es decir, en la medida en que un hombre puede estar seguro de algo— que he llevado una vida honesta. Mi corazón estaba henchido de amor a Dios. Recibí la bendición del éxito, pero éste nunca se me subió a la cabeza. Mi hacienda llegó a ser abundante, y sin embargo poseí como quien no posee: siguiendo el consejo de mi rabino entendí que mi fortuna no tenía dueño. Si ésta inducía a alguien a hacer suya una parte de la misma, no había de considerarse como hurto, sino como el acto del que se apropia de un bien mostrenco. Mi casa estaba abierta al necesitado, y me sentía dichoso cuando podía prodigar favores. He servido a Dios con devoción, y únicamente le pedí que me permitiera servirle «con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas».

Ahora bien, no puedo decir —después de todo lo que me ha tocado vivir— que mi relación con Dios no haya cambiado. Pero sí puedo afirmar con seguridad absoluta que mi fe en Él no ha variado en lo más mínimo. Antes, cuando me iba bien, mi relación con Él era como la que se tiene con alguien que

nos ofrece dádivas sin cesar, y con el cual por lo tanto estamos siempre en deuda. Ahora mi relación con Él es como la que se tiene con alguien que también nos debe algo a nosotros, y no poco. Y porque siento que también Él está en deuda conmigo, pienso que tengo el derecho de apremiarlo. Pero no digo como Job que Dios ponga Su dedo en mi pecado para que sepa por qué merezco esto. Pues personas mejores y de mayor talla que yo están firmemente convencidas de que lo de ahora ya no es una cuestión de castigo por los pecados y las faltas cometidas. Es más bien algo muy particular lo que ocurre en el mundo, y tiene un nombre: *Hastores Ponim*, que significa que éstos son los tiempos en que Dios oculta Su rostro.

Dios ha cubierto Su rostro ante el mundo entregando así a los hombres a sus propios impulsos e instintos salvajes. Por eso pienso que cuando las fuerzas de los malos impulsos dominan el mundo es, por desgracia, completamente natural que las primeras víctimas tengan que ser aquellos que encarnan lo puro y lo divino. Para el individuo, esto tal vez no sea un consuelo. Pero del mismo modo que el destino de nuestro pueblo depende no de cálculos terrenales, sino de leyes de otro mundo, que no son ni materiales ni físicas, sino espirituales y divinas, el creyente debe interpretar estos sucesos como parte de la gran cuenta de Dios, en la que incluso las tragedias humanas tienen poco peso. Sin embargo, esto no significa que los piadosos de mi pueblo simplemente aprueben la sentencia y deban decir «El Señor es justo, y Sus designios son correctos». Decir que

merecemos los golpes que recibimos significaría injuriarnos a nosotros mismos. Sería una blasfemia al *Shem Hameforash*: un ultraje a Su sagrado nombre, un sacrilegio contra el nombre «judío», una profanación del nombre «Dios». Es una misma cosa. Cuando nos injuriamos a nosotros, injuriamos a Dios.

En tal estado, naturalmente, no espero milagros ni le ruego a Dios que se apiade de mí. En absoluto. Que se comporte con respecto a mí con la misma indiferencia de rostro cubierto que ya ha demostrado frente a tantos millones de Su pueblo. No soy una excepción a la regla. No espero ningún tipo de favoritismo. Ya no intentaré salvarme ni huir de aquí. Incluso rociaré mis ropas con gasolina para facilitarle al fuego su trabajo. Tengo aún en reserva tres botellas después de haber vaciado unas cuantas docenas sobre las cabezas de los asesinos.

¡Qué gran momento de mi vida fue aquél! ¡Qué risa tan salvaje solté! Nunca hubiera podido imaginarme que la muerte de seres humanos, aunque fueran enemigos —e incluso enemigos de esta laya—, pudiera llegar a producirme tanta alegría. Digan lo que digan algunos humanistas dementes, la venganza y el deseo de la vindicación siempre han sido los últimos resortes de la resistencia de los oprimidos; y esto no cambiará nunca, pues nada les proporciona mayor satisfacción en el alma. Hasta ahora nunca había entendido bien aquella frase del Talmud que dice: «La venganza es sagrada porque se menciona entre dos nombres de Dios, pues escrito está: Dios de la venganza es el Señor». Ahora la entiendo.

Ahora la siento, y ahora sé de qué se regocija mi corazón cuando me acuerdo de que ya hace milenios que invocamos a nuestro Dios de esta manera: «*El Nekome Adonoj...* ¡Dios de la venganza, oh Señor! ¡Dios de la venganza, álzate!».

Y ahora que soy capaz de contemplar la vida y el mundo desde esta perspectiva tan clara que sólo en contadas ocasiones se le ofrece al hombre antes de morir, se me antoja que he aquí la peculiar y esencial diferencia entre nuestro Dios y el Dios en el que creen los pueblos de Europa: mientras que nuestro Dios es el Dios de la venganza y nuestra Torah amenaza con la muerte a quienes cometen la más leve falta, cuenta el Talmud que en los tiempos en que el sanedrín era el tribunal supremo de nuestro pueblo —cuando todavía vivíamos libres en nuestra tierra—, la única pena de muerte que éste dictó en setenta años bastó para que se increpara a los jueces con gritos de «¡Asesinos!»... El Dios de los gentiles, en cambio, al que se llama «Dios del amor», mandó que fuera amada toda criatura hecha a su imagen y semejanza; y no obstante, nos asesinan en su nombre, sin piedad y día tras día, desde hace ya casi dos mil años.

Sí, he hablado de venganza. Raras veces hemos conocido la venganza verdadera, pero cuando la hemos experimentado ha sido tan benéfica y tan dulce, una satisfacción tan profunda y una dicha tan enorme que me pareció como si hubiera comenzado para mí una nueva vida. En una ocasión, un tanque había irrumpido en nuestra calle, y desde todas las casas fortificadas que había a su alrededor fue bombardeado con botellas de gasolina encendidas. Pero

nadie lo acertó como era preciso, por lo que el tanque, imperturbable, siguió su camino. Entonces esperé con mis amigos hasta que pasó rugiendo, bajo nuestras narices literalmente, y en ese instante lo atacamos todos a una, a través de las ver ranas medio tapiadas. El tanque enseguida prendió fuego, y le su interior saltaron seis nazis ardiendo. ¡Ay, cómo ardían! Ardían como los judíos que ellos quemaban, pero gritaban más que los judíos. Los judíos no gritan. Aceptan la muerte como a un redentor. El gueto de Varsovia muere en la lucha, se hunde disparando, combatiendo, ardiendo..., pero sin griterío.

Pues sí, aún me quedan tres botellas de gasolina, y son tan preciadas para mí como lo es el vino para el bebedor. Cuando dentro de poco haya vaciado sobre mi cuerpo una de ellas, meteré en la botella vacía las hojas en las que estoy escribiendo estas líneas para esconderla entre los ladrillos de la pared bajo la ventana. Si alguna vez alguien las llegase a encontrar y leer, entenderá tal vez la sensación de un judío, uno entre millones, que murió abandonado por Dios, en quien tan firmemente creía. Las otras dos botellas las haré explotar sobre las cabezas de los bandidos cuando llegue mi último momento.

Al comenzar la rebelión, éramos doce personas en esta habitación, y hemos luchado durante nueve días contra el enemigo. Todos mis once camaradas han caído. Han muerto en silencio. Incluso este muchachito que tendrá tal vez cinco años y que sólo Dios sabe cómo llegó hasta aquí, ahora yace muerto a mi lado. En su hermosa carita ha quedado dibujada

una sonrisa, como la que aparece en las facciones de los niños cuando sueñan plácidamente. Ha muerto con tanta serenidad como sus camaradas mayores. Sucedió esta mañana. La mayoría ya había perdido la vida. El chico había trepado sobre la montaña de cadáveres para echar una mirada al exterior a través de la rendija de la ventana. Durante unos minutos estuvo así, de pie junto a mí. Luego, de repente, cayó de espaldas, rodó hacia abajo sobre los cuerpos de los caídos y se quedó inmóvil como una piedra. Entre dos rizos negros asomó una gota de sangre en su pequeña y pálida frente. Fue un tiro en la cabeza.

Nuestra casa es uno de los últimos bastiones del gueto. Ayer por la mañana, cuando con los primeros rayos del sol el enemigo abrió su fuego infernal contra nosotros, aún estábamos todos vivos. Había cinco heridos, pero seguían luchando. Entre ayer y hoy han caído todos, uno tras otro, uno sobre otro. Se fueron relevando para montar guardia y dispararon hasta que las balas del enemigo los derribaron.

No tengo más munición que estas tres botellas de gasolina. De los tres pisos superiores siguen disparando intensamente. Pero ya no pueden mandarme ayuda, porque según parece, la escalera ha sido destruida por las granadas. Creo que pronto la casa entera se derrumbará. Escribo estas líneas tumbado en el suelo. A mi alrededor, mis amigos muertos. Miro sus caras y tengo la impresión de que cierta ironía se ha derramado sobre ellas, una mansa ironía levemente burlona, justo como si quisieran decirme: «Ten un poco de paciencia, necio, sólo unos minutos más y también



tú comprenderás». El mismo aire irónico se ve esbozado en los labios del pequeño que está tendido igual que un durmiente junto a mi mano derecha. Su boca sonríe como si estuviera riéndose en sus adentros. Y yo, que aún vivo y aún siento y aún pienso como un ser viviente de carne y hueso, tengo la sensación de que soy el objeto de su risa, de que conoce mis intenciones. Tan silenciosa y elocuentemente se ríe de mí como suelen hacerlo los sabios cuando hablan sobre el saber con gente que, no sabiendo nada en absoluto, cree saberlo todo. Ahora el niño ya lo sabe todo, ya lo ha comprendido todo. Sabe incluso por qué nació para morir tan tempranamente, y por que murió a sólo cinco años de haber nacido. Y aunque no lo sepa, sabe que el saberlo o ignorarlo es del todo irrelevante e insignificante a la luz de la revelación de la magnificencia divina de aquel mundo mejor donde ahora se encuentra..., tal vez en los brazos de sus padres asesinados, a los que ha retornado.

Dentro de una o dos horas, también yo lo sabré. Y si el fuego no consume mi cara, tal vez tras mi muerte se dibuje una sonrisa similar en mis propias facciones. Pero todavía estoy vivo. Y por eso quiero, antes de morir, hablar una vez más a mi Dios como un viviente: como un hombre sencillo y pletórico de vida que tuvo el grande y desdichado honor de ser judío.

Estoy orgulloso de ser judío, no a pesar de la relación que el mundo tiene con nosotros, sino precisamente a causa de esta relación. Me avergonzaría de pertenecer a los pueblos que engendraron y criaron a los criminales responsables de

las acciones que cometieron contra nosotros.

Sí, estoy orgulloso de mi condición de judío. Pues ser judío es una proeza. Ser judío es difícil. No es ningún mérito ser inglés, americano o francés. Es tal vez más fácil y más cómodo ser uno de ellos, pero no es en absoluto más honorable. En efecto, ser judío es un honor.

Creo que ser judío significa ser un luchador, un eterno nadador contra la burbujeante y criminal corriente humana. El judío es un batallador, un testigo de sangre, un apegado a Dios: Su propiedad sagrada. Vosotros, nuestros enemigos, decís que somos malos. Pero yo creo que somos mejores que vosotros: más distinguidos. Y aunque fuéramos peores, me hubiera gustado ver qué papel habríais hecho en nuestro lugar. Soy dichoso de formar parte del más desdichado de todos los pueblos de la Tierra, del pueblo cuya Torah contiene la ley suprema y la moral más bella. Ahora esta Torah ha sido glorificada y eternizada una vez más por la manera como los enemigos de Dios la han debilitado y profanado.

Creo que ser judío es innato, que se lleva en la sangre. Uno nace judío como nace artista. No puede uno librarse de ser judío. Ésta es la marca de Dios que llevamos sobre nosotros, que nos distingue como Su pueblo elegido. Los que no lo entienden, nunca comprenderán el sentido sublime de nuestro martirio. «No hay cosa más entera que un corazón roto», dijo una vez un gran rabino; y tampoco hay pueblo más elegido que uno permanentemente azotado. Si no pudiese creer que Dios nos designó para ser Su pueblo

elegido, creería, sin embargo, que fuimos elegidos por nuestros sufrimientos.

Creo en el Dios de Israel aunque haya hecho todo para que no crea en Él. Creo en Sus leyes aunque no pueda justificar Sus hechos. Ahora mi relación con Él ya no es la de un siervo con su señor, sino como la de un discípulo con su maestro. Me inclino ante Su grandeza, pero no besaré la vara con la que me pega. Me es querido, pero más quiero a Su Torah. Aunque me hubiese engañado con Él, yo seguiría guardando Su Torah. Dios quiere decir religión, pero Su Torah significa una manera de vivir. Y cuanto más morimos por esta forma de vida, tanto más inmortales seremos.

Permíteme por lo tanto, Dios mío, que antes de mi muerte, completamente libre de todo miedo, sin el más mínimo temor y con la más absoluta seguridad y paz interior, Te pida explicaciones por última vez en mi vida.

¿Dices que hemos pecado? ¡Evidentemente! ¿Y es por eso por lo que se nos castiga? Si fuera así, podría entenderlo. ¡Pero quiero que me digas si hay pecado alguno en el mundo que merezca el castigo que nosotros hemos recibido!

¿Dices que nuestros enemigos te lo pagarán? Tampoco lo dudo. Estoy convencido de que se lo harás pagar sin misericordia, despiadadamente. Pero quiero que me digas si puede haber castigo alguno en el mundo capaz de desagraviarnos por los crímenes que cometieron con nosotros.

¿Dirás entonces que lo de ahora no es una cuestión de pecado y castigo, sino que es lo que sucede cuando Te cubres

el rostro y abandonas a los hombres a sus impulsos? Pero entonces quiero preguntarte, Señor, y esta pregunta arde en mí como un fuego que me consume: ¿qué más, oh dínoslo, qué más tiene que suceder para que vuelvas a descubrir Tu rostro ante el mundo?

Quiero decirte clara y llanamente que ahora, más que en cualquiera de los escalones anteriores de nuestro calvario interminable, nosotros, los atormentados, los ultrajados, los ahogados, los enterrados y quemados vivos, nosotros, los humillados, los escarnecidos, los burlados, los masacrados a millones, que ahora más que nunca tenemos derecho a saber dónde están los límites de 'fu paciencia.

Y quiero decirte otra cosa: ¡no tenses demasiado la cuerda! Pues podría romperse. La tentación ante la que nos has colocado es tan grave, tan insoportablemente grave, que debes y estás obligado a perdonar a aquellos de Tu pueblo que, sumidos en su desdicha y su ira, se han apartado de Ti.

Perdona a los que en su desdicha se han apartado de Ti, pero también a aquellos de Tu pueblo que en su dicha Te han dado la espalda. Has transformado nuestra vida en una lucha tan infinitamente terrible que los cobardes entre nosotros han tenido que intentar esquivarla, escapar de ella por la primera salida que se les presentaba. ¡No los golpees por eso! A los cobardes no se los golpea, se tiene piedad de ellos. ¡Señor, ten más piedad de ellos que de nosotros!

Perdona también a aquellos que blasfemaron contra Tu nombre: a los que fueron a servir a otros dioses, a los que se tornaron indiferentes hacia Ti. Tan duramente los has puesto

a prueba que ya no creen que eres Su padre, ni siquiera que tienen un padre.

Te digo todo esto sin ambages porque creo en Ti, porque creo en Ti más que nunca..., porque ahora sé que eres mi Dios. Pues no serás, no puedes ser el Dios ciego aquellos cuyos actos son la prueba más atroz de su ateísmo beligerante.

Pues si no fueras mi Dios, ¿qué Dios serías entonces? ¿El Dios de los asesinos?

Si los que me odian y me asesinan son tan tenebrosos y tan malvados, ¿quién soy yo entonces sino uno que encarna algo de Tu luz y de Tu bondad? No puedo alabarte por los actos que toleras, pero Te bendigo y alabo por Tu mera existencia, por Tu terrible grandeza. ¿Qué inmensa debe de ser si ni siquiera todo lo que ahora sucede acaba de impresionarte?

Pero precisamente porque Tú eres tan grande y yo tan pequeño, Te ruego --¡Te advierto!- por amor de Tu nombre que no corones ya más Tu grandeza permitiendo que se siga golpeando a los desdichados.

No Te niego que golpees a los culpables. La terrible lógica de lo inevitable implica que sus acciones al final se volverán contra ellos mismos..., porque reatándonos se ha matado la conciencia del inundo, porque asesinando a Israel se ha asesinado a un mundo.

El mundo será devorado por su propio mal, en su propia sangre se ahogará.

Los asesinos ya han pronunciado la sentencia sobre sí mismos y no podrán eludirla. Tú, sin embargo, ¡pronuncia

Tu veredicto de culpabilidad doblemente severo sobre aquellos que silencian el asesinato!

Sobre aquellos que con su boca condenan el asesinato mientras sus corazones se regocijan con él.

Sobre aquellos que en sus corazones infames se dicen a sí mismos: conviene manifestar que es malvado el tirano, pero al fin y al cabo nos hace una buena parte del trabajo, por lo que siempre le estaremos agradecidos.

En Tu Torah está escrito que un ladrón debe ser castigado más severamente que un bandolero, si bien el ladrón no asalta a su víctima ni amenaza su integridad física y sólo trata de robarle furtivamente su propiedad.

El bandolero, en cambio, asalta a su víctima en pleno día. Terne a los hombres tan poco como a Dios.

El ladrón teme a los hombres pero no a Dios. Por eso su castigo debe ser más duro que el del bandolero.

No me importa, por tanto, que trates a los asesinos como a los bandoleros porque su conducta frente a Ti y frente a nosotros es la misma. No ocultan sus asesinatos y crímenes. O los que silencian los asesinatos, aquellos que no tienen temor de Ti y sí temen lo que dirán los hombres (¡insensatos que ignoran que los hombres no dirán nada!), los que expresan su compasión con el que se está ahogando y se niegan a salvarlo, ¡a éstos, ay, a éstos, Dios mío, Te suplico que los castigues como a los ladrones!

La muerte ya no puede esperar, de modo que tengo que poner fin a la escritura. Los disparos de los pisos superiores van amainando con cada minuto que pasa. Ahora caen los

últimos defensores de nuestro bastión, y con ellos cae y muere la Varsovia judía, la grande, la bella, la temerosa de Dios. Ahora se pone el sol, y gracias a Dios no volveré a verlo jamás. El resplandor del fuego infernal reverbera a través de la ventana, y el trocito del cielo que divisó está anegado en un rojo llameante como una catarata de sangre. Dentro de una hora, a lo sumo, estaré con mi familia... y junto a los millones de víctimas de mi pueblo, en un mundo mejor donde ya no existen dudas y donde tan sólo reina la mano de Dios.

Muero en calma y en paz, pero no tranquilo ni satisfecho; derrotado, vencido, pero no esclavizado; amargado, pero no decepcionado. Un acreedor y creyente, no un deudor ni un peticionario, ni un suplicante ni un orante. Uno que ama a Dios, pero no dice ciegamente sí y amén a cuanto hace.

He caminado en pos de Él, aunque me haya desechado. He observado sus preceptos, aunque me haya golpeado a cambio. Lo he querido, he estado enamorado de Él y sigo estándolo, aunque me haya humillado hasta hacerme morder el polvo, aunque me haya mortificado a muerte y expuesto al escarnio y a la vergüenza.

Mi rabino siempre solía contar la historia de un judío que había escapado con su mujer y su hijo de la Inquisición española y en una pequeña barca había atravesado las procelosas aguas del mar, hasta llegar a una isla rocosa. Entonces estalló un rayo y fulminó a la mujer. Luego se levantó un vendaval y arrastró a su hijo a la mar. Solo, mísero, arrojado como una piedra, desnudo y descalzo,

azotado por la tempestad, espantado por truenos y relámpagos, el cabello revuelto y las manos alzadas a Dios, el judío continuó su camino por el agreste islote y se dirigió a Dios en estos términos:

«Dios de Israel», dijo, «he huido hasta este lugar para poder servirte sin perturbaciones, para cumplir Tus mandamientos y santificar Tu nombre. Pero Tú haces todo lo posible para que yo no crea en Ti. Si piensas, empero, que con estas tentaciones conseguirás apartarme del buen camino, elevo mi voz para decirte, mi Dios y Dios de mis mayores, que de nada te valdrá. Por más que me ofendas, por más que me fustigues, por más que me despojes de lo máspreciado y de lo más sublime que tengo en la Tierra, y me sometas a suplicios de muerte, yo siempre creeré en Ti. Siempre Te amare, siempre... ¡a pesar Tuyo!».

Y éstas son también mis últimas palabras para Ti, mi Dios iracundo: ¡De nada te servirá! Has hecho todo lo posible para trastornarme, para que yo no crea en Ti. Pero muero precisamente tal como he vivido, con una imperturbable fe en Ti.

Alabado sea eternamente el Dios de los muertos, el Dios de la venganza, de la verdad y de la justicia, que pronto descubrirá Su rostro ante el mundo y sacudirá sus fundamentos con Su voz todopoderosa.

«*Shmá Isroel!* ¡Escucha Israel! ¡El Señor, nuestro Dios, el Señor es Uno! ¡En Tus manos, oh Señor, encomiendo mi espíritu!»



DIARIO  
*Etty Hillesum*

*(Entre 1914 y 1943, en Amsterdam, una joven judía de veintisiete años lleva un diario. El resultado: un documento extraordinario, tanto por la calidad literaria, como por la fe que de él emana. Una fe inquebrantable en el hombre, al tiempo que él comete sus más negros crímenes.*

*Porque, si esos años de guerra buscaban la exterminación de los judíos en Europa, son para Etty años de desarrollo personal y de liberación espiritual. Esto que ella escribe en 1942, «Ya sé todo. Y, por lo tanto, considero esta vida hermosa y plena de sentido. A cada instante», describe su moral propia y la justificación de su existencia en la afirmación de un altruismo absoluto.*

*Habiendo partido el 7 de septiembre de 1943 del campo de tránsito de Westerbork, desde donde envía cartas admirables a sus amigos de Ámsterdam, Etty Hillesum muere en Auschwitz el 30 de noviembre del mismo año.)*

**Sábado 11 de julio de 1942, 11 de la mañana**

Uno no puede hablar de cosas últimas, de cosas que son las más graves de esta vida, más que si las palabras fluyen de ti, tan simple y naturalmente como el agua de una fuente.

Y, si Dios deja de ayudarme, me tocará a mí ayudar a Dios. Poco a poco, toda la superficie de la tierra no será más que un inmenso campo y nadie, o casi nadie, podrá habitar fuera. Es una fase que hay que atravesar. Aquí los judíos cuentan cosas alegres: en Alemania los judíos son sepultados vivos o exterminados con gases asfixiantes. ¿No es demasiado malicioso divulgar ese género de historias y por añadidura suponer que, si estas atrocidades suceden verdaderamente bajo una forma u otra, no somos nosotros los que debemos responder?

Desde ayer en la noche, las trombas de agua tienen algo de demoníaco. Ya vacié un cajón de mi escritorio. He caído sobre una foto de él que había desaparecido desde hace casi un año, pero que yo siempre tuve la convicción de encontrar. Y he la aquí, estaba en el fondo de un cajón en desorden. Todo depende de mí: siempre tengo la certeza de que ciertas cosas, grandes o pequeñas, se arreglarán por sí mismas. Este sentimiento es muy fuerte sobre todo en la vida práctica. No me preocupo jamás por el mañana; sé, por ejemplo, que deberé dejar muy pronto esta casa hacia un destino sobre el cual no tengo la menor idea; y las finanzas están en lo más bajo, pero yo no me preocupo jamás por mí misma: yo sé que «algo» se presentará. Cuando uno proyecta de antemano su inquietud sobre todas las cosas que vendrán, les impide desarrollarse orgánicamente. Tengo una inmensa confianza en mí misma. No es la certeza de ver que la vida exterior cambia para mi bien, sino la de continuar aceptando la vida y encontrarla buena, aún en los peores momentos.

Me sorprende preparándome psicológicamente para la vida en un campo de trabajo, hasta en los más pequeños detalles. Ayer por la noche, caminaba con él en el largo muelle, calzada con cómodas sandalias, y de pronto pensé: «Me llevaré también estas sandalias, me las podré poner de tiempo en tiempo para descansar de los zapatos más pesados». ¿Qué pasa, entonces, en mí en ese momento? ¿De dónde viene esa alegría ligera, casi frívola? El día de ayer ha sido duro, muy duro, y yo he tenido que soportar y que asumir mucho. Pero está hecho. He absorbido una vez más todo eso que me asaltaba y soy capaz de afrontar un poco más de cosas que ayer. Es probablemente eso lo que me da esa alegría y esa paz interior: soy capaz de llegar al final de todo, sola y sin que mi corazón se consuma de amargura, y mis peores momentos de tristeza, aun de desesperación, dejan en mí surcos fértiles y me hacen más fuerte. No me hago muchas ilusiones sobre la realidad de la situación y hasta renuncio a pretender ayudar a los otros; tomo como principio «ayudar a Dios» en cuanto sea posible y, si lo logro, estaré ahí también para los otros. Pero no nos hagamos ilusiones heroicas sobre este punto.

¿Qué haría yo realmente, me pregunto, si tuviera en el bolsillo mi orden de requisición para Alemania, con la perspectiva de partida en una semana? Supongamos que esta carta llegara mañana: ¿qué harías tú? Yo empezaría por no decirle nada a nadie, me retiraría al rincón más silencioso de esta casa, entraría en mí misma y reuniría mis fuerzas desde los cuatro puntos cardinales de mi cuerpo y de mi alma. Me

cortaría los cabellos y tiraría mi lápiz labial. Durante esa semana trataría de terminar las Cartas de Rilke. Con el retazo de paño que me queda, me haría un pantalón y un chaleco corto. De seguro querría ir a ver a mis padres y les hablaría de mí durante mucho tiempo. Les diría palabras consoladoras y, cada minuto que me quedara, querría escribirle a él, al hombre al que mi muerte causará ausencia y pesar. Ya, en ciertos momentos, creo morir pensando que deberé dejarlo y ya no sabré qué le sucederá. En unos días iré al dentista a arreglarme las muelas con caries. Sería grotesco tener dolor de muelas allá. Será necesario conseguir una mochila. No llevaré más que lo estrictamente necesario, pero todo deberá ser de buena calidad. Llevaré una Biblia; en cuanto a los pequeños volúmenes de las *Cartas a un joven poeta* y de *El libro de las horas*, encontraré un medio de colocarlos en un rincón de mi mochila. No llevaré fotografías de mis seres queridos, prefiero tapizar mis grandes muros interiores con los rostros y los gestos que he reunido en mi numerosa colección y que me acompañarán siempre.

Y esas dos manos me acompañarán con sus dedos expresivos que son como jóvenes ramas vigorosas. Frecuentemente, esas manos se extenderán sobre mí en la oración en un gesto protector, ellas no me abandonarán hasta el final. Y esos ojos negros me acompañarán con su mirada dulce y perspicaz. Y, cuando las líneas de mi rostro estén afeadas y devastadas por el mucho sufrimiento y un trabajo demasiado duro, toda la vida de mi alma podrá reflejarse en mis ojos y todos [Falta una palabra en el manuscrito del

Diario] se concentrarán en mis ojos. *Et caetera*. Esto no es evidentemente más que un estado del alma, uno de esos estados del alma numerosos y cambiantes que uno descubre en sí mismo en esta nueva situación. Pero es también una parte de mí misma, una de mis posibilidades. Una parte de mí misma que habla más y más alto. Pero, en resumen: un ser humano que no es más que un ser humano. Ya ejercito mi corazón para aceptar la idea de que seguiré mi propio camino, separada de aquéllos sin los cuales creo no poder vivir. A cada instante aflojo un poco más nuestros lazos exteriores para concentrarme más fuertemente en una supervivencia interior, la persistencia de una unión interior a pesar de la peor de las separaciones. Y, sin embargo, cuando caminábamos de la mano por el largo muelle (ese muelle que ayer por la noche había tomado un aire otoñal y tempestuoso) o que, en su pequeña habitación, sus detalles generosos y dulces me calentaban el corazón, una esperanza y un deseo completamente humanos se apoderaron de mí: ¿por qué no podemos quedarnos juntos? Nada tendría importancia si nos quedáramos juntos, no quiero dejarlo. Pero me llega un pensamiento: tal vez es más fácil orar por alguien desde lejos que verlo sufrir a dos pasos de uno.

En este mundo desolado, los caminos más cortos de un ser a otro son los caminos interiores. En el mundo exterior estamos arrancados uno del otro, y los caminos que podrían reunirnos están tan profundamente enterrados bajo las ruinas que, en muchos casos, uno no encontrará jamás su huella. Mantener el contacto, buscar una vida para dos, eso

no puede hacerse más que interiormente. Y, ¿no conserva uno siempre la esperanza de reencontrarse un día sobre esta tierra?

Yo no sé, evidentemente, cómo reaccionaría yo cuando me enfrentara realmente a la obligación de dejarlo. Todavía escucho su voz cuando me ha llamado por teléfono esta mañana; esta noche cenaré en su mesa, mañana por la mañana pasaremos, comeremos en casa de Liesl y Werner, después, por la tarde, haremos música. Es siempre así. Y, en el fondo de mí tal vez no creo verdaderamente que tenga que separarme de él y de los otros. Un ser humano es poca cosa. En esta nueva situación será necesario, de entrada, aprender a conocerse. Mucha gente me reprocha el ser indiferente y pasiva, y pretenden que me abandono sin reaccionar. Ellos dicen: «todas las personas que tienen una oportunidad de escapar de sus garras tienen el deber de intentarlo». Debo pensar en mí misma, dicen ellos. Pero su cálculo no es exacto. En este momento, cada uno está ocupado pensando en sí mismo y en intentar pasar a través de los hilos de la red; ahora bien, ¡hay un número elevado, muy elevado que debe partir! Y lo más extraño es que yo no me siento bajo sus garras. Que me quede aquí o que sea deportada. Es una idea tan convencional, tan primitiva, ese razonamiento no me toca más, yo no me siento bajo las garras de nadie, yo me siento solamente en los brazos de Dios, para decirlo con un poco de énfasis. Aquí y ahora, en este querido escritorio tan familiar, donde en un mes, oprimida en alguna parte del barrio judío, o trabajando en un campo bajo la vigilancia de los SS, yo creo

que me sentiría siempre en los brazos de Dios. Podrán tal vez lastimarme físicamente, pero eso es todo. Y tal vez seré presa de la desesperación, deberé soportar privaciones que soy incapaz de imaginar ni en mis sueños más vanos, pero todo eso es poco comparado con mi inmensa confianza en Dios y en mis capacidades de vida interior. Puede ser que subestime lo que me espera.

Vivo cada día con la conciencia de las terribles posibilidades que podrían realizarse en todo momento sobre mi pequeña persona y que ya han llegado a ser la realidad para un grande, un muy grande número de gente. Me doy cuenta de todo, hasta de los menores detalles. Creo que en mis discusiones interiores mantengo los pies sobre la tierra, sobre el duro suelo de la dura realidad. Mi aceptación no es ni resignación ni abdicación de la voluntad. Siempre hay lugar para la más elemental indignación moral ante un régimen que trata así a los seres humanos. Pero los acontecimientos han tomado a mis ojos proporciones demasiado enormes, demasiado demoníacas para que uno pueda reaccionar a ellos mediante un rencor personal o una hostilidad exacerbada.

Esa reacción me parece pueril, totalmente inadaptada al carácter fatal del acontecimiento. Con frecuencia se enojan cuando digo que importa poco si soy yo u otro el que parte, lo que cuenta es ¿cuántos miles de personas deben partir? No es verdad que yo quiero ir hacia mi aniquilación con una sonrisa de sumisión en los labios. Tampoco es eso. Es el sentimiento de lo inevitable, su aceptación y, al mismo tiempo, la convicción de que de hecho ya nada nos puede ser

arrebatado. No es un tipo de masoquismo el que me lleva a desear absolutamente partir, a desear ser arrancada de los fundamentos mismos de mi existencia, pero ¿estaré realmente feliz de poder sustraerme a la suerte impuesta a tantos otros? Me dicen: «alguien como tú tiene el deber de cuidarse, tú tienes todavía tantas cosas que hacer en la vida, tanto que dar». Pero eso que yo tengo para dar, ¿no podría darlo donde estuviera, aquí, en un pequeño círculo de amigos o en otra parte, en un campo de concentración? Es una singular forma de sobrestimarse creer que uno es tan valioso como para no compartir con los otros una «fatalidad de masa».

Y si Dios cree que yo todavía tengo mucho que hacer, yo lo haría todo también después de haber atravesado las mismas pruebas que los otros. El valor humano presente en mí resultará de mi comportamiento en esta situación enteramente nueva. Aun si no sobrevivo, mi manera de morir dará una respuesta a la pregunta «¿quién soy yo?». No es el momento de mantenerse, cueste lo que cueste, fuera de una situación dada. Se trata sobre todo de saber cómo reaccionar a toda situación nueva, cómo una sigue viviendo. Lo que es justo que haga, yo lo haré.

Mis riñones siguen supurando y mi vejiga sigue haciendo de las suyas. Voy a conseguir un certificado si es posible. Me recomiendan, en efecto, tomar un pequeño empleo de «tapadillo» en el Consejo judío. El Consejo ha contratado no menos de ciento ochenta personas la semana pasada, y, ahora, los desesperados se presentan en racimos humanos. Se diría que es como un trozo de madera que flota,



tras el naufragio, sobre la inmensidad del océano, y al que intentan agarrarse los más posibles. Pero me parece absurdo e ilógico intentar esta gestión. No va conmigo aprovecharme de relaciones bien situadas. Por otro lado, parece que el Consejo es el teatro de toda clase de manejos turbios, y la hostilidad pública contra este extraño órgano-tapadera crece de hora en hora. Y además: los miembros del Consejo tendrán su turno, después de los otros. Pero, se dirá, para ese momento los ingleses tal vez hayan desembarcado. Es la opinión de aquellos que aún tienen una esperanza política. Yo creo que uno debe separarse de toda esperanza fundada en el mundo exterior; es inútil dejarse llevar por esos sabios cálculos de duración. Y, mientras tanto, pongamos la mesa.

Oración del domingo por la mañana. Son tiempos de espanto, mi Dios. Esta noche, por primera vez, me quedé despierta en la oscuridad, los ojos ardientes, las imágenes de sufrimiento humano desfilaban sin parar delante de mí. Te voy a prometer una cosa, mi Dios, oh, una nadería: yo evitaré colgar del presente, como si fueran pesos, las angustias que me inspira el futuro; pero para eso se necesita cierto entrenamiento. Por el momento, cada día tiene suficiente pena. Yo te voy a ayudar, mi Dios, a no apagarte en mí, pero no puedo garantizar nada de antemano. Una cosa por el momento me aparece más y más clara: no eres tú quién nos puede ayudar, sino nosotros los que te podemos ayudar, y al hacerlo, nos ayudamos a nosotros mismos. Eso es todo lo que nos es posible saber en esta época y es también la única cosa que cuenta: un poco de ti en nosotros, mi Dios. Tal vez

podamos también contribuir a ponerte en los corazones martirizados de los otros. Sí, mi Dios, pareces tan poco capaz de modificar una situación, inseparable finalmente de esta vida. Yo no te pido cuentas, te corresponde a ti llamarnos a rendirte cuentas un día. Me parece cada vez más claramente, con cada latido de mi corazón, que tú no puedes ayudarnos, sino que nos corresponde a nosotros ayudarte y defender hasta el final la morada que te abriga en nosotros. Hay gente, ¿puede creerse?, que en el último momento trata de poner en lugar seguro las aspiradoras, los tenedores y las cucharas de plata, en vez de protegerte a ti, mi Dios. Y hay gente que busca proteger su propio cuerpo que, sin embargo, no es más que el receptáculo de mil angustias y mil odios. Dicen: «¡Yo no caeré bajo sus garras!». Olvidan que uno nunca está bajo las garras de nadie mientras uno está en tus brazos.

Esta conversación contigo, mi Dios, empieza a darme un poco de calma. Tendré muchas otras contigo en un futuro próximo, impidiéndote así que me dejes. Conocerás también, sin duda, momentos de necesidad en mí, mi Dios, en los que mi confianza no te nutrirá tan ricamente. Pero, créeme, seguiré obrando por ti, te seguiré siendo fiel y no te expulsaré de mi recinto.

No me falta la fuerza para afrontar el gran sufrimiento, el sufrimiento heroico, mi Dios, temo más bien las mil pequeñas preocupaciones cotidianas que asaltan a veces como miserias mordientes. En fin, yo me froto desesperadamente y me digo cada día: un día más sin problemas, los muros protectores de una casa acogedora

brillan en torno a tus hombros como ropa conocida, que has llevado por mucho tiempo; tu colcha está lista para hoy, y las sábanas blancas y las mantas mullidas de tu lecho esperan una noche de más. No tienes, por tanto, excusa alguna para desperdiciar el menor átomo de energía en esos pequeños cuidados materiales. Utiliza conscientemente cada minuto de este día, conviértelo en una jornada fructífera, en piedra angular de los cimientos donde se apoyarán los días de miseria y de angustia que nos esperan. Detrás de la casa, la lluvia y la tempestad de los últimos días han destrozado el jazmín. Sus flores blancas flotan desparramadas en los charcos negros sobre el techo del garaje. Pero, en alguna parte en mí ese jazmín sigue floreciendo, tan exuberante, tan tierno como en el pasado. Y esparce su aroma en torno a tu morada, mi Dios. Tú ves cómo te cuido. No te ofrezco solamente mis lágrimas y mis tristes presentimientos, en esta mañana de domingo ventosa y grisácea, te doy también un jazmín perfumado. Y te ofrecería todas las flores encontradas en mi camino, y ellas son legión, créeme. Quiero hacer tu refugio lo más agradable posible. Y para poner un ejemplo al azar: enferma, en una celda estrecha y viendo una nube pasar del otro lado de mis barrotes, yo te daría esa nube, mi Dios, si al menos tuviera la fuerza. No puedo garantizar nada de antemano, pero las intenciones son las mejores de mundo, tú lo ves.

Ahora me voy a consagrar a este día. Hoy voy a verterme entre los hombres, y los malos rumores, las amenazas me asaltarán como soldados enemigos a una fortaleza

inexpugnable.